

ECONOMÍA: TRÁGICA PERVERSIÓN ANTROPOLÓGICA [II]

"Desde el punto de vista moral, es lo mismo atracar un banco que fundarlo" (Bertolt Brecht)

"Es evidente que el planeta no puede sostener a 6.700 millones de personas que vivan como lo hace la clase media actual en Norteamérica y Europa Occidental, ni mucho menos los 9.000 millones previstos para mediados de siglo. O excluimos a una gran parte de la humanidad de los beneficios de la prosperidad, o nuestra forma de vida tiene que cambiar" (Timothy Garton Ash en su libro "Free World")

"Se impone plantearse simultáneamente tres tipos de necesidades: las necesidades de todo el hombre (varón y mujer), las necesidades de todos los hombres (varones y mujeres) y las necesidades de la naturaleza". (Alfonso Alcalde en "El trabajo humano, principio de vida")

Tres indicaciones previas. Sea la primera, que este editorial (que necesariamente hay que finalizar unos días antes de que la revista se publique) se redacta en el día en que el ejército de Israel, previos los ataques de la aviación, entra a sangre y fuego en la llamada "Franja de Gaza" donde se amontonan en poco más de 250 k2 millón y medio de personas, en una reacción infinitamente desproporcionada, especialmente por parte de un estado que ocupa ilegalmente desde 1967 grandes extensiones de Palestina.

Desde el dolor, pues, por tantas víctimas como en el mundo (Sudán, Congo, Somalia, Irak, Pakistán, Afganistán, India, etc. etc) producen la sinrazón y la injusticia; en nombre de todas las víctimas y como homenaje a las mismas copiamos a continuación las palabras de Patriarca de Jerusalén, pronunciadas en Belén el día de Navidad: "La paz es un derecho para todos los hombres"; también es la solución a todos los conflictos y a todas las disputas. La guerra no

produce la paz, y las prisiones no garantizan la estabilidad"; "Los más altos muros no aseguran la seguridad. Ni el agresor ni el agredido gozan de paz. La paz es un don de Dios y sólo Dios dona esta paz". (Agencia ZENIT, 25 de diciembre de 2008).

Queremos indicar en segundo lugar nuestra preocupación por cómo atenaza el miedo a los ciudadanos, a los gobernantes, a los pensadores de las ciencias sociales y económicas a la hora de buscar soluciones a la gran crisis actual del sistema económico, que también ha devenido en crisis de civilización porque la tal crisis nos ha hecho comprender una vez más que para bien y para mal ya existe una sola humanidad, y no valen soluciones parciales llevadas a cabo aquí o allá.

Todos intuyen que es el sistema socio-político y económico el que está en crisis; pero el miedo a las consecuencias a corto plazo por no poder mantener por tiempo indefinido el tenor y el tono de vida de los países ricos les impide constatar y comprender como evidente la necesidad de abordar los cambios profundos que la realidad impone con urgencia. Siempre el miedo cegando la luz de la realidad. Parece como si estuviésemos dispuestos a caer en el abismo antes que abrir los ojos para evitar el precipicio.

A estas alturas de la historia, especialmente la de los últimos cinco siglos, las guerras, las hambrunas y sus víctimas mortales han falsado con creces (han demostrado ser falso y fallido) el sistema económico imperante; o ¿qué nivel de armamento, de ejércitos y de cuerpos de seguridad es necesario para seguir manteniendo en pie el dominio de unos hombres sobre otros o para asegurarse la posesión de las materias primas?

Educada la ciudadanía de los países ricos en la satisfacción de sus deseos de comodidad

segura, de espaldas al resto de la humanidad que sirve de pedestal a su “bienestar”, sin duda se va a revelar si se le rebaja su llamado “nivel de vida”. Y eso les da pavor a los políticos y dirigentes de todo tipo. ¿Quién dice al pueblo que la situación es insostenible si no queremos poner en peligro a miles de millones de personas y al mismo planeta que nos sustenta?

De ahí que se opte por la solución de la “huida hacia delante”, en la idea de que el diluvio va a anegar a los que vengan y no a nosotros. Empleemos –concluyen– patrimonio público para que salgan del atolladero quienes dolosamente se metieron y nos metieron en él, reglamentemos las normas de control y seguimiento; pero no toquemos la finalidad del sistema: “enriquezcase sin límites el que pueda competir contra los demás”, ni el medio de enriquecerse mediante la primacía, también jurídica, del dinero y las finanzas; en manos privadas, por supuesto.

En tercer lugar, dado que el realismo no está reñido con la esperanza, como hemos hecho en otras ocasiones añadimos algunos textos ajenos (algunos de hace ya años, pero vigentes por su lucidez) que alimentan nuestra esperanza en un doble sentido. Por una parte van ensanchando la conciencia (fundamental para nosotros) de que el mal de nuestra civilización es más profundo de lo que aparece en superficie. Estamos convencidos de que una conciencia rectamente iluminada lleva a largo plazo a la acción adecuada. Por otra, hacen comprender a todos que no estamos solos en nuestros análisis. La convergencia de muchas conciencias crea lo que podríamos llamar conciencia colectiva, imprescindible para hacer cambios profundos en la sociedad. Algunos textos son de personas cualificadamente religiosas, y van puestos aquí para hacerles ver a creyentes e increyentes la profundidad de las razones religiosas y, al tiempo, la incongruencia de no sacar las consecuencias prácticas de tales planteamientos.

“El hombre al que nos ha conducido la cultura de la sociedad industrial es de una sola dimensión. Es el hombre individualista posesivo o productivo consumista; el hombre que produce consumiéndose en su misma producción; que nace para producir, se prepara y se forma para producir; que al producir puede consumir y que produciendo y consumiendo muere como punto final de su historia”. (Marcuse. El hombre unidimensional)

“El informe ¡Se adueñan de la tierra!, que acaba de publicar la organización internacional

GRAIN explica con detalle cómo en los años recientes la avidez por las tierras fértiles –un bien finito y agotable– se ha acelerado con consecuencias muy peligrosas para la soberanía alimentaria de los pueblos. Dos son los actores principales en el acaparamiento de tierras. El primero: un grupo de países (Arabia Saudita, Japón, China, India, Corea del Sur, Libia, etcétera) dependientes de la importación de alimentos hasta ahora. El segundo grupo que acecha y adquiere tierras son los capitales financieros, las casas de inversión, los fondos de cobertura y el resto de la familia Monster. Para ellos el desplome de los fondos ligados a las hipotecas los obliga a buscar nuevos nichos de inversión”. (Gustavo Duch. Veterinarios Sin Fronteras en “La conquista de la tierra”)

“España compra derechos de emisión de CO₂. en el mercado de la contaminación.

España va a ser el primer gran comprador de emisión de dióxido de carbono (CO₂) en Países del Este de Europa. El Ministerio de Medio Ambiente ya ha cerrado la compra de 6 millones de toneladas de CO₂ en Hungría y negocia con Polonia, Ucrania, Chequia, Letonia, Lituania y Estonia para conseguir cumplir el Protocolo de Kioto mediante la compra de los excedentes que estos países lograron con el cierre de las fábricas comunistas tras la caída del muro de Berlín. El Gobierno afirma que necesita 159 millones de toneladas –un cálculo optimista– por el exceso de emisiones en el transporte y en los hogares.

España tramita también la adquisición de 60 millones de toneladas en América Latina, Asia y África.

Los proyectos aprobados cuestan unos 7,8 millones de euros por millón de toneladas de CO₂. En total se alcanzarán 1.240 millones” (El País. 2 de enero de 2009. pag. 28)

“El automóvil pide 10.000 millones de euros al Gobierno para afrontar la debacle. Las ventas cayeron un 28% en 2008, tras reducirse a la mitad en diciembre. Casi 70.000 trabajadores del sector se ven afectados por la crisis.” (El país 3 de enero de 2009, pag 14)

“Austria toma el control del banco Medici, damnificado en 1.500 millones de euros por la estafa de Madoff; quien, por cierto, aceptó 10 millones de dólares sólo seis días antes de ser arrestado por fraude”. (El País 3 de enero de 2009, pag. 17)

“En nuestros tiempos no sólo se acumulan riquezas, sino que también se acumula una descomunal y tiránica potencia económica en manos de unos pocos, que manejan a su volun-



tad y arbitrio. Dominio ejercido de la manera más tiránica por quienes, teniendo en sus manos el dinero y dominando sobre él, se apoderan también de las finanzas y señorean sobre el crédito, y por esta razón administran, diríase, la sangre de que vive toda la economía, de manera que nadie puede ni aun respirar contra su voluntad” (Pío XI. Quadregessimo anno)

“Una finanza restringida al corto o cortísimo plazo llega a ser peligrosa para todos, también para quien logra beneficiarse de ella durante las fases de euforia financiera.

La globalización abate ciertas barreras, pero esto no significa que no se puedan construir otras nuevas; acerca los pueblos, pero la proximidad en el espacio y en el tiempo no crea de suyo las condiciones para una comunión verdadera y una auténtica paz.” (Benedicto XVI. Mensaje del día de la paz del 1 de enero de 2009)

“Hoy, frente a un preocupante cuadro global que es, sobre todo, reflejo de estructuras económicas que no responden al valor del hombre, los derechos básicos parecen depender de anónimos mecanismos sin control y de una visión que se encierra en el pragmatismo del momento, olvidando que la clave del futuro de la familia humana es la solidaridad” (Cardenal Bertone, Secretario de Estado del Vaticano, en Vida Nueva, nº 2641, pag. 16)

“El impacto de la crisis financiera durará varios años. Un mundo construido sobre la base de la globalización de la codicia y del miedo, en

vez de sobre la globalización de la solidaridad nunca iba a ser sostenible, o deseable. Nuestro temor es que los más pobres, quienes menos se han beneficiado de las décadas de crecimiento económico desigual, son quienes pagarán el precio más alto por este desatino”. (Cardenal Rodríguez Maradiaga, Presidente de Cáritas Internacional. (Agencia ZENIT 24 de diciembre de 2008)

Transcribimos ahora de nuevo la tesis con que finalizaba nuestro editorial anterior, y a continuación haremos unas cuantas precisiones para que se comprenda mejor nuestro pensamiento.

“El malestar de la civilización actual, con sus negativas y trágicas consecuencias, se debe a una inversión de valores fruto de un error en la concepción de la persona humana. Dando por bueno que el ser humano es un ser necesitado, afirmamos que se ha invertido el orden jerárquico de las necesidades.

Entre las necesidades (por llamarlas con terminología clásica) materiales, culturales, espirituales, contemplativas y religiosas de la persona, se han absolutizado las primeras (las materiales) creando en el hombre una insaciable fiebre posesiva que le vuelve peligroso para sus congéneres; cuando es en la posesión de sí mismo, a la que le aboca la complección (la plena satisfacción) de las necesidades culturales, espirituales, contemplativas y religiosas, donde encuentra la paz y la armonía con cuanto

le rodea o vislumbra y le lleva al aquietamiento y a la activa felicidad compartida.

No negamos que en el mismo interior de la persona esté el desequilibrio al que nos venimos refiriendo; pero afirmamos que mediante la introspección, la educación, la abertura al ser de todo lo existente y una adecuada estructuración de la sociedad, puede la persona sanar ese desequilibrio. Sanación que la realidad actual, donde ya solo hay una única humanidad, exige perentoriamente si no queremos conducir a la humanidad a su desaparición. Nuestra esperanza nos lleva a estar convencidos de que esta sanación es posible, y en ello estamos”.

Primera precisión: No negamos que no tenga gran importancia la satisfacción de las necesidades materiales de la persona (alimento, vestido, cobijo, etc). Ciertamente sin la satisfacción de las mismas, difícilmente puede cimentarse la satisfacción de todas las necesidades más elevadas de la persona humana. Lo que afirmamos es que no tiene un valor absoluto, como si satisficieras esas necesidades indefinidamente ampliadas ya estuviese realizada la persona humana como tal. Nos negamos a confundir el soporte de un edificio con el edificio entero. Por ello la satisfacción de esas necesidades que llamamos materiales debe estar en función de hacer posible la satisfacción del resto de necesidades más elevadas y “personales” (por decirlo de alguna manera). Una riqueza, por ejemplo, que adocene a su poseedor nunca podrá ser humana, no digamos ya si le convierte en un déspota. Tener cubiertas las necesidades materiales no garantiza a nadie, ni individuo ni sociedad, la satisfacción del resto de necesidades. Precisamente esta obsesión por las necesidades y el progreso material es la que ha vuelto cruel y dominante a las sociedades ricas hoy existentes; carentes, por tanto, de verdadero humanismo.

Segunda precisión: Asignando a “La Economía” la función de la creación y distribución de los bienes necesarios para la satisfacción de las diversas necesidades humanas, suscribimos la afirmación transcrita al comienzo: Sólo es éticamente aceptable una economía que cubra todas las necesidades básicas del hombre, de todos los hombres y desde el cuidado y respeto de la naturaleza. La marcha de la economía para que sea justa debe acompasarse a la del conjunto de las personas y de las sociedades; hoy, a la marcha de la sociedad mundial. Un sistema económico que por su constitución lleva a desigualdades y desniveles insalvables entre personas

y sociedades es, desde el punto de vista ético, inadmisibile.

Las preguntas fundamentales de “Para qué se produce”, “Para quién se produce” y “Qué se produce”, tiene que contestarlas la ética y realizarlas la política. Y, por el “principio de subsidiaridad”, con la participación en las deliberaciones y decisiones del conjunto de las personas al nivel adecuado. Por lo demás, la soberanía política exige como correlato la soberanía económica. Sin ella es inviable en la práctica la soberanía social y política y la libertad de las personas.

De todas maneras, si queremos salvar a la humanidad hay que apearse a la economía de la categoría de ciencia para reducirla a la categoría de técnica. Su ámbito es el “Cómo”, no el “Para qué”, ni el “Para quién”, ni el “Qué”.

Tercera precisión: Todo el malestar de la economía actual, y por consiguiente de toda sociedad dada la prepotencia con que se comportan los beneficiarios de esta economía, tiene su origen en una elección éticamente equivocada y que a través del tiempo nos ha llevado a las trágicas consecuencias que ahora lamentamos. Se dio por bueno que el fin de la actividad económica de todo individuo era el enriquecimiento personal ilimitado (y sólo como una simple consecuencia el enriquecimiento de la nación). Si se creaban asociaciones y compañías era para facilitar el enriquecimiento mutuo.

Esta es la tesis que se impuso a lo largo del siglo XV y que fraguó en el XVI por influencia protestante. Se destruyeron todas las trabas religiosas, políticas y sociales que estorbaban la consecución del enriquecimiento rápido y en constante aumento. Una de las primeras en caer fue la limitación de los intereses a pagar por el dinero acumulado e invertido. En esta lucha la Iglesia Católica, opuesta en principio a la “usura”, fue vencida, acusada de retrógrada y opuesta al progreso. A partir de ahí, el dinero, las finanzas y el derecho inviolable de propiedad individual ilimitada (o de sociedades: S.A.) fueron adquiriendo progresivamente el protagonismo y la influencia total que hoy constatamos. Por estos caminos avanzó la historia no sin crear profundos malestares sociales que culminaron en la Revolución Francesa de 1789 y en la Revolución Comunista de 1917. Ya es tópico afirmar que en la primera primó la idea de “Libertad”, en la segunda la de “Igualdad” y en ninguna de las dos la de “Fraternidad”.

Cuarta precisión: Buscar la Libertad y la Igualdad sin asentar simultáneamente la Fraternidad, llevó a las dos revoluciones mencionadas

a luchar en el mismo terreno y con las mismas armas que el enemigo. Se utilizó la violencia y se compitió por quién lograba mayor grado de riqueza. En esta carrera, aparte de ser vencidas, pagaron las consecuencias las poblaciones pobres y, al final, la propia naturaleza en cuanto soporte de la vida sobre la tierra.

El error antropológico de la concepción actual de la economía es haber partido de considerar al hombre como “individuo” (cerrado sobre sí mismo y contradistinto de todos los demás) y no como “persona”, es decir como “ser relacional”, abierto al prójimo. Parecen estas cuestiones de detalle, pero no lo son. Si ponemos el acento en la individualidad buscaremos “intereses” (casi siempre encontrados); si el acento recae sobre la “personalidad” de todos y cada uno, buscaremos el bien común donde podemos encontrarnos en ámbitos cada vez más amplios y profundos. El individualismo lleva al enfrentamiento y la guerra; la “personalidad” (o personalización), a la comunión, el respeto y la paz.

Cómo se organiza el común disfrute de los bienes existentes, cómo se conservan y aumentan y se ponen a disposición de las futuras generaciones, sería la tarea de una economía personalista, no cómo se parcelan en excluyente disfrute de unos pocos. Una economía personalista, desde luego, reduciría drásticamente el derecho de propiedad individual y haría florecer toda una gama de propiedades comunitarias a distintos niveles como soporte de formas varias de vivir la fraternidad.

Desde el punto de vista religioso (especialmente desde el cristiano), el gravísimo error antropológico es haber tolerado y pensado que un pecado capital, la avaricia, puede servir de base para el desarrollo económico de los individuos y de los pueblos. (¿o volvemos a recordar las guerras de conquista, los imperios ¿cristianos?, las colonizaciones, las esclavitudes, la explotación de personas, las guerras por las materias primas, hambres, marginación, etc., hijas fundamentalmente de la avaricia de los individuos y de los pueblos?)

Abdicando de la fuerza del Espíritu, en el que se dice creer, se asume que sólo el interés personal puede mover a los hombres a trabajar en la producción de bienes, y no el gozo de con-crear en unión con otros y desde el respeto a la naturaleza una humanidad cada vez más fraterna y perfecta. La sentencia de Jesús: “No podéis servir a Dios y a las riquezas” no quita valor a la producción de bienes, sino que manifiesta que su posesión con exclusión del her-

mano ofende a Dios en su calidad de “Padre”. Es la fraternidad lo que importa y no la cantidad de bienes acumulados. La motivación para un cristiano en su actividad económica es el servicio que puede prestar al resto de los hermanos, que cuando es mutuo engendra seguridad y confianza para todos.

La Historia y, especialmente, el hecho de la conciencia de unidad de la humanidad a que, entre otros factores, nos lleva el fenómeno de la “globalización” hacen hoy posible que se pueda comprender el por qué de la resistencia que opuso la Iglesia a la “usura” o al cobro de intereses. Hoy el ahorro es social y comunitario, y comunitariamente, al nivel adecuado, debe ser gestionado, empleado y ampliado.

Cuando desde la Iglesia se ha aceptado el planteamiento del individualismo capitalista (y, en general, de planteamientos meramente economicistas y materialistas) se entra en una grave contradicción que la perjudica a ella y a los pobres. Por una parte aparece ante la opinión pública defendiendo los presupuestos de los poderosos y, por tanto, de alguna manera aliada de ellos frente a los que buscan y persiguen otro tipo de economía humana, responsable y solidaria. Y por otra parte ensombrece el testimonio y el esfuerzo de muchos de sus hijos en la lucha porque se haga justicia a los pobres. Parecería como si la salida a la pobreza y la exclusión fuese asunto de la generosa beneficencia y no de la justicia. Contradicción esta que acierta a ver Benedicto XVI en la “Deus Caritas est”, pero que deja sin contestar (esperamos que para hacerlo ahora en su próxima encíclica).

Terminamos con una recomendación y una promesa.

Recomendamos a todas las religiones, no sólo a la cristiana, que acrediten con la adecuada praxis socio-económica su interés por todas las personas. No nos vale ya ninguna religión que no sea universalista desde la libertad de conciencia. No nos vale ninguna religiosidad “enfeudada” en determinadas naciones y culturas concretas, utilizada con harta frecuencia como ariete defensivo de determinadas actitudes injustas políticas, sociales, culturales o económicas.

Prometemos, para el próximo editorial, apear la doctrina de estos dos últimos y esbozar por qué caminos creemos nosotros que puede avanzarse en la construcción de una nueva economía justa y solidaria, liberándonos del corsé del neoliberalismo vigente.